
“—El error de la humanidad ha consistido en quererse libertar de la miseria y de la tiranía dejando en pie la causa de esos males, que es el derecho de propiedad privada, y sus naturales consecuencias: el Gobierno y la Religión; porque la propiedad individual necesita un perro que la cuide: el Gobierno, y un embustero que mantenga al pobre en el temor de Dios para que no se rebele: el sacerdote. Yo voy contra el Capital, la Autoridad y la Religión. Voy hacia la Anarquía. ¡Yo triunfaré!”

Los dos viajeros, Ricardo Flores Magón



• Ediciones Esfuerzo •

RICARDO FLORES MAGÓN



¿PARA QUÉ SIRVE



LA AUTORIDAD?



Y OTROS CUENTOS



Índice

Semblanza de Ricardo Flores Magón	5
¿Para qué sirve la autoridad?	7
¡Adelante!	11
Cobrando méritos	12
El mendigo y el ladrón	14
Las tres piedras	15
Dos revolucionarios	16
El fusil	19
La barricada y la trinchera	20
Cosechando	22
Las dos tendencias	24
El soldado	26
La revolución	28
Trabaja, cerebro, trabaja	29
Los dos viajeros	31
Por Tierra y Libertad	33
El fardo	36

RICARDO FLORES MAGÓN

¿PARA QUÉ SIRVE LA AUTORIDAD? Y OTROS CUENTOS

Colección “LOS NUESTROS”

Nº 1

“Y ya sabéis quiénes son los mozos nuestros. Los que traspasan la esfera de los relojes, el mazo de hojas del almanaque, el bloque de fango y sangre de la historia, con un canto, con un grito, con un sueño libertario.”

Rodolfo González Pacheco

lo transita.

Y así camina años y años, hasta que un día, apartándose del camino y alzando el puño al cielo grita:

—¡No más fardo!

Por la pendiente rueda el fardo con todas las preocupaciones, con todos los prejuicios, con todas las mentiras hacia el abismo de donde él lo había sacado. Ha terminado el viaje; el viajero es dueño de la libertad.

La libertad está al alcance de la mano. Para obtenerla, no hay más que dar un paso fuera del camino del respeto a la tradición, y tirar el fardo.

• Ediciones Esfuerzo •

Madrid, Estado español

Otoño 2015

Contacto: esfuerzo@bastardi.net
esfuerzo.noblogs.org

El fardo

El viajero, con un fardo auestas, se ha detenido; se enjuga la frente sudorosa, y dirigiendo la mirada al cielo, exclama con una voz cuya entonación puede compendiarse en una sola queja, toda la angustia acumulada en siglos de sufrimiento:

—¡Escúchame, Dios mío! ¡Señor, compadécete de mis penas! ¡Líbrame de esta pesada carga!

Dios no le escucha y suspirando, el viajero prosigue su marcha. Su fatiga es grande, como que el fardo es pesado y largo ha sido el camino recorrido.

El fardo es pesado, porque está repleto de preocupaciones, de prejuicios, de mentiras elevadas por la ignorancia a la categoría de verdades.

El viajero camina, camina, camina, con su fardo auestas trepando la pendiente que, se le ha dicho, conduce a la libertad; pero por más que aguza su vista, no la ve, no la ve.

Se detiene un instante, y ya que Dios no le ha oído, sin duda por encontrarse tan alto, se dirige al representante de Dios en la Tierra, el gobernante:

—¡Alteza, libradme de esta pesada carga!

El gobernante no le escucha, y, suspirando, el viajero prosigue su marcha, y camina durante siglos y siglos; pero la paciencia tiene su límite, y un hermoso día tuvo una hermosa idea:

—¡Si diese yo muerte al rey!...

Mata al rey...pero para poner un presidente en su lugar, y muy ufano se echa a andar, sintiendo apenas el peso del fardo, entusiasmado que está con su victoria. Mas, a poco de haber andado un trecho, siente que el fardo tiene el mismo peso que antes, como que está repleto de los mismos prejuicios, las mismas preocupaciones y las mismas mentiras que lo hacían pesado.

El rey había muerto; pero el principio de autoridad había quedado en pie. Tampoco había bajado a la tumba con el cadáver del rey, el derecho de propiedad privada, ni había rodado con la cabeza del rey de la Tierra, la del rey del Cielo.

El viajero camina, camina, camina con su fardo auestas en pos de la libertad, sin lograr alcanzarla, como que ha escogido el peor de los caminos: el del respeto, que es resbaladizo, y hace caer de rodillas al que

Semblanza de Ricardo Flores Magón

Ricardo Flores Magón, nació en San Antonio Eloxochitlán, Oaxaca, México el 16 de septiembre de 1873 Hijo de familia humilde y de tradición liberal, inició la carrera de abogado que nunca terminó.

En 1893 participó en disturbios estudiantiles que se manifestaban contra la tercera reelección del presidente Porfirio Díaz. Ese mismo año inició la publicación de un periódico de oposición llamado *El Demócrata*.

Ya en el año 1900, junto con sus hermanos Enrique y Jesús dan vida a *Regeneración*, periódico donde volcará la mayor parte de sus escritos, que lo llevarán a la cárcel en más de una oportunidad. Esta publicación será prohibida en distintos años, volviendo a ser publicada a partir de 1906 en Estados Unidos.

En este mismo año, se funda formalmente el Partido Liberal Mexicano, con la firme intención de plantar una lucha contra la dictadura porfirista. Sus principales postulados eran la jornada de ocho horas, prohibición del trabajo infantil, salario mínimo, indemnización patronal por accidente de trabajo, educación laica obligatoria y gratuita.

Durante la Revolución mexicana, comenzada en 1910, Ricardo y un numeroso grupo irán radicalizando sus posicionamientos hasta asumir una postura comunista anárquica, expresada en una serie de manifiestos que publicó la Junta Organizadora del PLM.

En el transcurso de estos años grupos armados del PLM lucharon por la liberación de pueblos y territorios, junto a campesinos e indígenas, con la consigna de “Tierra y Libertad”.

Tras sucesivas derrotas y dificultades para continuar con las prácticas revolucionarias, Ricardo y miembros del Partido marchan a los Estados Unidos. Allí, en 1916, será detenido junto con su hermano Enrique durante unos meses, logrando salir en libertad tras ser pagada la fianza por un comité encabezado por Alexander Berkman y Emma Goldman.

En 1918, junto con su compañero Librado Rivera, publica en *Regeneración* un manifiesto a los anarquistas del mundo, que les cuesta nuevamente la cárcel, tras ser acusados de conspiración contra el gobierno de los Estados Unidos.

Ricardo fue enviado a la prisión de la Isla McNeil, Washington. Con su salud quebrantada por los años de cárcel lo trasladaron a la prisión de Leavenworth, Kansas en donde falleció el 21 de noviembre de 1922. Su compañero Rivera afirmó que fue asesinado por los esbirros de la prisión.

Aclaración

La siguiente es una selección libre de cuentos de Ricardo Flores Magón. Con el mismo nombre existen diversas ediciones con distintos contenidos.

las armas en las manos, acabemos de una vez con el principio de Autoridad, con el Capital y con el Clero”. Entonces, sacando de su bolsillo un librito rojo, lo leía a sus compañeros de armas, ya que no de ideales. Era el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911. Los rebeldes escuchaban al apóstol, y la opinión se iba generalizando de que, si se quiere que la revolución dé buen fruto, es preciso que el pueblo, durante la misma, esto es, durante la lucha armada, tome posesión de la tierra, de la maquinaria y de los medios de transportación; pues si espera a que un Gobierno haga feliz al pueblo, eso nunca se conseguirá porque el Gobierno no tiene otra misión que la de dar protección a los ricos, en perjuicio de los pobres. Y los rebeldes carrancistas pensaban, pensaban, pensaban. Uno se acordaba de como una vez que los obreros de su distrito se declararon en huelga solicitando unos cuantos centavos más de salario y un menor número de horas de trabajo, el Gobierno envió tropas para ametrallarlos y hacerlos reanudar sus labores en las mismas condiciones de antes. Otro trajo a su memoria la suerte de Juan, en su pueblo, que fue sacado de su jacal a altas horas de la noche por la Acordada, y acribillado a balazos, como un perro, a la vuelta de un camino, por no haber permitido que el dueño de la hacienda saciara sus apetitos carnales en la persona de la compañera de su vida. Otro más recordaba al pobre Santiago, el vaquero cargado de familia, que fue enviado a las filas y murió de malaria en la Tierra Caliente porque no permitió que el patrón le robase su salario. Cada uno de aquellos rebeldes tenía más de un recuerdo de cómo la Autoridad protege al rico con perjuicio del pobre, y en cada uno de aquellos pechos, endurecidos por las privaciones y el sufrimiento, ardía un fuego de venganza. “¡No queremos más gobierno!” gritaron, y su grito repercutió en los cañones de la sierra como un trueno. “¡Muera el Capital; muera el Clero!” repitieron, y las voces formidables rodaron por las cañadas hasta perderse en la llanura.

Los oficiales se apercebieron del motín y salieron en tropel a imponer el orden. Unos cuantos disparos dieron fin a esos oficiales, y los nuevos libertarios, con la bandera roja en alto y enardeciendo el ambiente con las notas heroicas de “Hijos del Pueblo”, emprendieron la marcha hacia la conquista de Tierra y Libertad.

voz en cuello: “Tened paciencia, hijos míos, que Dios os premiará en la otra vida; respetad y amad a vuestros patrones, como si fueran vuestros segundos padres; conformaos con vuestra pobreza; no envidiéis los bienes de los ricos, porque esos bienes les han sido dados por Dios misericordioso para que os den trabajo y no os falte el pan; respetad al Gobierno, que él es el encargado de velar por la seguridad de los bienes y de las personas, de dar las leyes, de castigar el crimen y premiar la virtud...”

“¡Ah, si antes hubiera yo leído REGENERACIÓN!” decía Pedro, y en la pocilga escueta resonaba su voz como en el fondo de una caverna: “si antes hubiera leído REGENERACIÓN, otra cosa habría sido de mí y de los míos”.

El viento se filtraba por las rendijas del tugurio, gimiendo como si llevase los lamentos de los esclavos que nacen, viven y mueren, sin conocer otra cosa de la vida, que la miseria y el dolor. A lo lejos ladraba un perro; un pájaro nocturno hacía más triste el luto de la noche con su canto fúnebre.

Pedro continuaba leyendo, y, mientras leía, en su mente acariciaba una idea: comprar un rifle; y apartando por momentos la vista de las apretadas líneas del periódico, pensaba, pensaba, pensaba. No era viejo; no tenía más que veinticinco años de edad; pero él creía haber perdido mucho tiempo para la lucha por el ideal. “¡No dejaré un burgués con vida tan pronto como pise territorio mexicano”, gritó con ardor, y su voz vibró como un clarín llamando a combate a los esclavos decididos a ser hombres.

El viento sollozaba en las rendijas del cuchitril, como si fuera el rumor del llanto, y de los suspiros, y de las quejas, y los ayes de los hombres, de las mujeres, de los ancianos y de los niños proletarios que nacen, viven y mueren sin conocer otra cosa que la miseria y el dolor... Afuera, los hilos telegráficos, sacudidos por el viento, lanzaban notas quejumbrosas. Un gallo cantó a lo lejos; una pareja de gatos denunciaba, en las sombras, sus ruidosos amores.

Pedro continuaba leyendo, y pensaba, pensaba, pensaba. “¡Tendré una bala para cada representante de la Autoridad tan pronto como esté en México!”, gritó, y su voz resonó como el estallido de la metralla en las trincheras del enemigo...

Poco tiempo después de esta noche, en que el cerebro de un hombre se iluminó con una luz nueva, un destacamento carrancista se rebeló contra la autoridad de Venustiano Carranza, desconociendo Gobierno, Capital y Clero.

Sucedió que Pedro, convertido en apóstol de la Buena Nueva, marchó hacia territorio dominado por el carrancismo, se presentó en un campamento carrancista y sentó plaza de soldado. Una vez entre aquellos rebeldes dio rienda suelta a sus pensamientos generosos. “Hermanos, decía, ¿por qué hemos de echarnos encima el yugo de otro Gobierno?” Y proseguía: “Ya que tenemos

¿Para qué sirve la autoridad?

I

Inclinado sobre el arado, regando con su sudor el surco que va abriendo, trabaja el peón a la par que entona una de esas tristísimas canciones del pueblo en las que parece condensarse, sumarse toda la amargura que la injusticia social ha venido acumulando por siglos y siglos en el corazón de los humildes.

Trabaja el peón y canta, al mismo tiempo que piensa en el jacal donde los suyos le esperan para tomar reunidos la pobre cena. Su corazón se inunda de ternura pensando en sus hijitos y en su compañera y alzando la vista para observar la disposición del sol en aquel momento, con el fin de adivinar la hora que pueda ser, percibe a lo lejos, una ligera nubecilla de polvo que poco a poco se va haciendo más grande a medida que más se acerca al lugar en que el se encuentra. Son soldados de caballería que se le aproximan y le preguntan ¿eres tú Juan? y al recibir una respuesta afirmativa, le dicen: ven con nosotros: el gobierno te necesita.

Y allá va Juan amarrado como un criminal, camino de la ciudad donde le aguarda el cuartel, mientras los suyos quedan en el jacal, condenados a morirse de hambre o a robar y a prostituirse para no sucumbir. ¿Podría decir Juan que la Autoridad es buena para los pobres?

II

Hace tres días que Pedro recorre ansioso las calles de la ciudad en busca de trabajo. Es buen trabajador; sus músculos son de acero; en su rostro cuadrado de hijo del pueblo se refleja la honradez. En vano recorre la ciudad en todos sentidos pidiendo a los señores burgueses que se tomen la “molestia” de explotar sus robustos brazos.

Por todas partes se le cierran las puertas; pero Pedro es enérgico y no desmaya, y sudoroso, con los finos dientes del hambre destrozándole el estómago, ofrece, ofrece, ofrece sus puños de hierro, con la esperanza de encontrar un amo que “caritativamente” quiera explotarlos. Y mientras atraviesa la ciudad por la vigésima vez, piensa en los suyos que como él tienen hambre y le esperan ansiosos en la humilde pocilga, de la que están próximos a ser expulsados por el dueño de la casa que no quiere esperar por más tiempo el pago de la renta.

Piensa en los suyos... y, contraído dolorosamente el corazón, con las lágrimas

próximas a rodar de sus ojos, aprieta el paso pretendiendo encontrar amos, amos, amos....

Un polizante lo ha visto pasar y repasar y volver a pasar la calle en que está apostado “guardando el orden público” y tomándole por el cuello lo conduce a la más cercana estación de policía, donde lo acusa de vagancia. Mientras él sufre en la cárcel, los suyos perecen de hambre y de frío o se prostituyen o roban para no morir de hambre. ¿Podría decir Pedro que la Autoridad es buena para los pobres?

III

Santiago, contentísimo se despide de su compañera. Va a pedir al dueño de la hacienda la parte que, como mediero le corresponde de la abundante cosecha que se ha levantado.

El hacendado saca libros, apuntes, notas, vales y después de hacer sumas, restas multiplicaciones y divisiones dice a su mediero: “nada te debo; por el contrario, tú me debes a mí por provisiones, ropa, leña, etc., etc.” El mediero protesta y ocurre a un juez pidiéndole justicia. El juez revisa los libros, apuntes, notas, vales, y hace sumas, restas, multiplicaciones y divisiones y condena al mediero a pagar su deuda al hacendado y a pagar las costas y gastos del juicio.

La compañera contentísima sale a encontrar a Santiago con el hijo menor en brazos, creyendo que traerá bastante dinero, pues la cosecha ha sido espléndida: pero palidece al ver que corren abundantes lágrimas por las tostadas mejillas del noble trabajador, que llega con las manos vacías y el corazón hecho pedazos.

El hacendado había hecho las cuentas del Gran Capitán y el juez se había puesto, como siempre, del lado del fuerte. ¿Podría decir Santiago que la Autoridad es buena para los pobres?

IV

En la pequeña estancia, saturada la atmósfera de humo de petróleo y de tabaco, Martín el inteligente agitador obrero dirige la palabra a sus compañeros, “No es posible tolerar por más tiempo la inicua explotación de que somos objetos, dice Martín echando hacia atrás la cabeza melenuda y bella como la de un león. Trabajamos doce, catorce y hasta dieciséis horas por unos cuantos centavos; se nos multa con cualquier pretexto para mermar más aún nuestro salario de hambre: se nos humilla prohibiéndonos que demos albergue en nuestras miserables viviendas a nuestros amigos o a nuestros parientes o a quién se nos de la gana; se nos prohíbe la lectura de periódicos que tienden a despertarnos

Por Tierra y Libertad

Pedro era un inconsciente; desde la edad de siete años comenzó a trabajar. Su padre era peón de una hacienda del Estado de Michoacán cuyo salario no pasaba de veinticinco centavos diarios por trabajar de sol a sol. La familia no podía vivir con aquel miserable jornal; la manta era cada vez más cara; los artículos de primera necesidad alcanzaban precios de plaza sitiada, y la deuda del peón con el dueño de la hacienda crecía, crecía... Un día el peón llevó a Pedro al trabajo. Era indispensable que el chico trabajase para aumentar, siquiera con un puñado más de maíz, el cotidiano atole y las obligadas tortillas. De allí para adelante, Pedro debía ganar su sustento con el sudor de su rostro.

Pedro llegó a la edad de hombre, y llegó también, como su padre, a ganar veinticinco centavos diarios trabajando de sol a sol; pero si la vida era cara cuando su padre lo inició en el trabajo, lo era más actualmente; las levas eran más frecuentes; la ley fuga había alcanzado su máximo de aplicación; las “fatigas”, servicio personal gratuito a la Autoridad, menudeaban más y más, y, para colmo de desdichas, según la costumbre tradicional, sobre sus pobres lomos había caído la deuda de su padre, agravando la propia. En busca de mejor fortuna, Pedro se vino a los Estados Unidos, encontrando trabajo en una sección de ferrocarril. Un día cayó en sus manos un ejemplar de REGENERACIÓN, que algún propagandista obrero había dejado en la sección. Pedro leyó el periódico y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su ser. Él había aprendido a respetar a sus patrones como si fueran sus padres; en su sencillez creía que, si no hubiera ricos, los pobres no tendrían qué comer. Respetaba al Gobierno, a pesar de lo mal que lo había tratado en México; consideraba al sacerdote como un representante de Dios sobre la tierra. En suma: el pobre Pedro era un reaccionario de tomo y lomo.

Sentado en un cajón vacío que le servía de silla, Pedro leyó REGENERACIÓN aquella vez, a la luz de una vieja lámpara de petróleo, y, mientras leía el periódico, un nudo le subía a la garganta... y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su ser, y que un horizonte más amplio se extendía ante su vida. Antes, Pedro se sentía desgraciado; pero creía que era lo más natural el sufrir en este mundo, al menos así lo aseguraba el cura. Ahora se daba cuenta de las engañosas de los señores de sotana para tener apaciguados a los esclavos, y su corazón latía con violencia. Con los puños crispados, decía: “Iré a México y no dejaré con vida a uno solo de estos pajarracos”. Recordaba entonces los sermones del cura de su aldea cuando éste, fingiendo amor y caridad, decía a

y disipaba el pesimismo por el otro infundido, dijo:

—Bien merecieron su fracaso los pueblos por andar en busca de un hombre que los librase de la miseria y de la tiranía. Yo no voy a buscar un hombre que me redima, sino hombres que se rediman. Yo no creo en un hombre que conceda la libertad, sino en hombres que la tomen por su cuenta. “La emancipación de los oprimidos debe ser obra de los oprimidos mismos”.

El de las esperanzas enderezó la cabeza y lanzó una amplia mirada, que parecía abarcar todas las cosas, todos los hombres y todos los acontecimientos de la Historia, una mirada que todo lo comprendía, y podía contenerlo todo y sacar del conjunto conclusiones que fraternizaban con la ciencia. Después de un corto silencio, dijo:

—El error de la humanidad ha consistido en quererse libertar de la miseria y de la tiranía dejando en pie la causa de esos males, que es el derecho de propiedad privada, y sus naturales consecuencias: el Gobierno y la Religión; porque la propiedad individual necesita un perro que la cuide: el Gobierno, y un embustero que mantenga al pobre en el temor de Dios para que no se rebele: el sacerdote. Yo voy contra el Capital, la Autoridad y la Religión. Voy hacia la Anarquía. ¡Yo triunfaré!

Los dos viajeros se dieron la espalda, fuerte el uno con sus esperanzas, desfallecido el otro con sus desengaños.

y a educarnos. No permitamos más humillaciones, compañeros declarémonos en huelga pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo, así como que se respeten las garantías que la Constitución nos concede.”

Una salva de aplausos recibe las palabras del orador: se vota por la huelga; pero al día siguiente la población obrera sabe que Martín fue arrestado al llegar a su casa y que hay orden de aprehensión contra algunos de los más inteligentes de los obreros.

El pánico cunde y la masa obrera se resigna y vuelve a deslomarse y a ser objeto de humillaciones. ¿Podría decir Martín que la Autoridad es buena para los pobres?

V

Desde antes de rayar el alba, ya esta Epifanía en pie colocando cuidadosamente en un gran cesto, coles, lechugas, tomates, chile verde, cebollas, que recoge de su pequeño huerto y con la carga a costas, llega al mercado de la ciudad a realizar su humilde mercancía, con cuyo producto podrá comprar la medicina que necesita el viejo padre y el pan de que tienen necesidad sus pequeños hermanos.

Antes de que Epifanía venda dos manojos de cebollas se presenta el recaudador de las contribuciones exigiendo el pago en nombre del gobierno que necesita dinero para pagar ministros, diputados, senadores, jueces, gendarmes, soldados, empleados, gobernadores, jefes políticos y carceleros, Epifanía no pudo hacer el pago y su humilde mercancía es embargada por el gobierno, sin que el llanto ni las razones de la pobre mujer logren ablandar el corazón del funcionario público.

¿Podría decir Epifanía que la Autoridad es buena para los pobres?

VI

¿Para que sirve pues la Autoridad? Para hacer respetar la ley que escrita por los ricos o por hombres instruidos que están al servicio de los ricos tiene por objeto garantizarles la tranquila posesión de las riquezas y la explotación del trabajo del hombre. En otras palabras la Autoridad es el gendarme del Capital, y este gendarme no está pagado por el Capital sino por los pobres.

Para acabar con la Autoridad, debemos comenzar por acabar con el Capital. Tomemos posesión de la tierra, de la maquinaria de producción y de los medios de transportación. Organicemos el trabajo y el consumo en común, estableciendo que todo sea de la propiedad de todos, y entonces no habrá

ya necesidad de pagar funcionarios que cuiden el Capital retenido en unas cuantas manos, pues cada hombre y cada mujer serán a la vez productores y vigilantes de la riqueza social.

Mexicanos: vuestro porvenir está en vuestras manos. Hoy que el principio de Autoridad ha perdido su fuerza por la rebeldía popular, es el momento más oportuno para poner las manos sobre la ley y hacerla pedazos; para poner las manos sobre la propiedad individual haciéndola propiedad de todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la República Mexicana.

No permitamos, por lo tanto, que se haga fuerte un gobierno. ¡A expropiar sin tardanza! Y si por desgracia sube algún otro individuo a la Presidencia de la República ¡guerra contra él y los suyos, para impedir que se haga fuerte, y mientras tanto, a continuar la expropiación!

Los dos viajeros

Dos viajeros se detienen sudorosos en un mismo punto del camino, agobiados bajo el peso de sus fardos.

—¿Qué cargas?— preguntó uno al otro.

—Esperanzas— dijo el interrogado;— y tú, ¿qué cargas?

—Desengaños.

Y los dos viajeros se miraron fijamente, sonriendo el de las esperanzas, suspirando el de los desengaños.

El de los desengaños dijo:

—Yo también cargué esperanzas algún tiempo; pero una a una sucumbieron como flores trasplantadas entre el hielo, y ahora cargo cadáveres. ¿Qué es un desengaño sino el cadáver de una esperanza?

El de los desengaños suspiró, y de sus ojos, embellecidos por el dolor, se desprendieron perlas líquidas, condensación sublime de la amargura humana. Después de una breve pausa, continuó:

—Con mi fardo bien repleto de esperanzas me eché al mundo en busca de un hombre fuerte que salvase de la miseria y la tiranía al pueblo. Los redentores abundan como guijarros, poseedores cada quien de un específico eficaz para acabar con todos los males que afligen a la humanidad, y cada uno de ellos urgiendo el voto de sus conciudadanos para hacer la felicidad del pueblo. El pueblo escogía alternativamente a uno o a otro de estos redentores, y yo con él hacía lo mismo. Todo fue en vano. Llegando al Poder un redentor, se hace tirano. El hombre es libertador cuando está abajo, opresor cuando está arriba. Entre los demás hombres, el héroe se ve igual a todos y se siente hermano de los que sufren; en la altura se cree más grande que los demás. Si se quiere corromper a un hombre bueno, no se tiene que hacer otra cosa que convertirlo en jefe.

El de los desengaños bajó la frente, como quien se entrega a una meditación profunda, para continuar de esta manera:

—Así fue como murieron, una a una, mis esperanzas. La humanidad está condenada a cadena perpetua, porque no puede encontrarse el hombre que pueda salvarla.

Y suspiró; en ese suspiro cabalgaban todos los desalientos, se sumaban todos los desfallecimientos y todos los desmayos de todos los vencidos del mundo.

El de las esperanzas abrió los labios y, con un gesto que inyectaba confianza

sus derechos.

El revolucionario pensaba, pensaba: él era el único rebelde en medio de aquel rebaño; él era el único que había acertado sobre el medio a que debe recurrirse para resolver el grave problema de la emancipación económica del proletariado. Y era preciso que aquel rebaño lo supiese: “El medio es la Revolución; pero no la revuelta política, cuya obra superficial se reduce solamente a sustituir el personal de un gobierno por otro personal que tiene que seguir los pasos del anterior. El medio es la Revolución; pero la Revolución que lleve por fin garantizar la subsistencia a todo ser humano. ¿Qué utilidad puede tener una revolución que no garantice la subsistencia de todos?”

Esto pensaba el revolucionario mientras en la calle continuaba el monótono desfile de los inconscientes, que todavía creen que es natural y justo dejar que los amos se aprovechen del trabajo humano. Así pensaba el revolucionario, presenciando el ir y venir del rebaño, que no sabe dejar en esta tierra otra señal de su paso por ella que sus esqueletos en la fosa común, la miseria en sus familias y la hartura y el lujo para sus amos de la política y del dinero.

“Trabaja, cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Dentro de los cráneos de las multitudes hay muchas sombras: ilumina esas tinieblas con el incendio de tu rebeldía.”

¡Adelante!

“¡Adelante!”, dice una voz misteriosa que parece arrancar de lo más íntimo de nuestro ser y que es a modo de espuela para todos aquellos que cansados, abrumado el espíritu, hinchados y desangrados los pies por lo largo y duro del camino, intentamos detenernos un rato... “¡Adelante, adelante!”, nos ordena la voz.

Y así vamos, sin tomar respiro, la vista fija hacia adelante, donde nuestros ojos parecen descubrir las primeras claridades de un alba desconocida para el rebaño. ¡Adelante!

Pero ¿por qué solamente nosotros vamos adelante? Y, volviendo el rostro, sentimos que se nos oprime el corazón al ver que el rebaño apenas se adivina a nuestra espalda, lejos, muy lejos, por la nubecilla de polvo que levantan sus pezuñas. Es que los rebaños necesitan de pastores, de jefes, y los jefes no sienten prisa por llegar a la Tierra Prometida. ¡Tienen la panza llena; ya forman parte de la clase de los parásitos!

¡Adelante! Estamos condenados a seguir adelante porque así lo exige nuestro temperamento. ¿Canta un ave? No importa, ¡adelante!, que no tenemos tiempo que perder. ¿Nos tienta el terciopelo de una flor a la orilla del camino? ¡Adelante! No podemos ni admirar la belleza... por falta de tiempo.

A veces, en nuestra marcha, que ya no es marcha sino vertiginosa carrera hacia el Ideal, no tenemos tiempo ni para refrescar nuestros labios en las aguas puras de la ciencia, ni para desalojar la amargura de nuestras almas con la sabrosa miel del arte.

¡Adelante! ¡Adelante!

Nuestra Autoridad es nuestra propia conciencia. Ella es la que nos empuja, ella es nuestro acicate. Somos esclavos, pero de nuestro deber.

¡Adelante!

Cobrando méritos

El presidio y el templo charlan confidencialmente, como dos camaradas a quienes ligan más los lazos del crimen que los de la amistad. Del presidio se escapan olores de ganado que se pudre; del templo sale un vaho cargado de desmayos, saturado de desfallecimientos, como de la boca de un antro en cuyas tinieblas se arrastrasen todas las debilidades y se retorcieron los brazos de todas las impotencias.

—La plebe me odia—dice el presidio bostezando—; pero merezco la consideración y el respeto que me otorgan las personas distinguidas, de cuyos intereses soy escudo. Cada vez que el honorable guardián del orden me trae un nuevo huésped, tiemblo de emoción, y mi satisfacción llega a su límite cuando siento rebullirse en mi vientre de piedra el mayor número de criminales.

Hay una pausa. A través de las rejas se escuchan chirridos de cadenas, rumores de quejas, chasquidos de látigo, broncas voces de mando en medio de un jadeo de bestias acosadas, todos los ruidos horribles que forman la horrible música del presidio.

Grande es tu misión, amigo presidio—dice el templo—, e inclino reverente mis torres ante ti. Yo también me siento satisfecho de ser el escudo de las personas distinguidas, porque si tú encadenas el cuerpo del criminal, yo quiebro voluntades, castro energías; y si tú levantas un muro de piedra entre la mano del pobre y los tesoros del rico, yo invento las llamas del infierno para ponerlas entre la codicia del miserable y el oro del burgués.

Hay una pausa. Por las ventanas y por las puertas, entre los aromas del incienso y las transpiraciones fétidas del ganado aglomerado, salen al espacio azul rumores de sollozos, de súplicas ruidos viles, formados por todas las debilidades, por todas las renunciaciones, la abyecta música de los sumisos y de los vencidos.

—Mientras me mantengo en pie, el señor duerme tranquilo— dice el presidio.

—Mientras haya rodillas que toquen mis baldosas, se mantendrá en pie el poderío del señor— dice el templo.

Hay una pausa. El presidio y el templo parecen meditar, satisfecho, el primero, de encadenar los cuerpos; contento, el segundo, de encadenar las conciencias; orgullosos, ambos, de sus méritos.

En el rincón de una covacha, la dinamita escucha, haciendo esfuerzos

Trabaja, cerebro, trabaja

“Trabaja, cerebro, trabaja; da toda la luz que puedas dar, y si te sientes fatigado, trabaja, trabaja. La Revolución es una vorágine: se nutre de cerebros y de bravos corazones. A la Revolución no van los malos, sino los buenos; no van los idiotas, sino los inteligentes.

“Trabaja cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Después vendrán otros cerebros, y luego otros y otros más. La Revolución se nutre de cerebros y de nobles corazones.”

Así pensaba el revolucionario un día en que la intensidad de su trabajo intelectual le había aflojado los nervios. Desde su cuartito veía pasar la gente que caminaba en distintas direcciones. Hombres y mujeres parecían atareados, ansiosos y como dominados por una idea fija. Todos andaban en pos del pan. En algunos rostros se notaba la decepción: sin duda esas gentes habían salido a buscar trabajo y volvían a la casa con las manos vacías.

Se acercaba la noche y, a la triste luz del crepúsculo, circulaba la gente. Los trabajadores regresaban a sus casitas con los brazos caídos, negros por el sudor y la tierra. Los burgueses, redondos, satisfechos, lanzando miradas despreciativas a la plebe generosa que se sacrifica para ellos y sus queridas, se dirigían a los grandes teatros o a los lujosos palacios que aquellos mismos esclavos habían construido, pero a los cuales no tenían acceso.

El corazón del revolucionario se oprimió dolorosamente. Toda aquella gente desheredada se sacrificaba estérilmente en la fábrica, en el taller, en la mina, dando su salud, su porvenir y el porvenir de sus pobres familias en provecho de los amos altaneros que, al pasar cerca de ella, esquivaban su contacto para preservar de la mugre y del tizne sus ricas vestiduras. Sí, aquella pobre gente se sacrificaba trabajando como mulos para hacer más poderosos a sus verdugos, porque así están arregladas las cosas: mientras más se sacrifica el trabajador, más rico se hace el amo y más fuerte la cadena.

La masa desheredada seguía pensando, pensando, y también los hartos; cariacontecidos los primeros, con los rostros radiantes de alegría los burgueses. Con aquel río de desheredados había para acabar con los dominadores; pero los pueblos son ríos mansos, muy mansos, demasiado mansos. Otra cosa sería si tuvieran la certeza de su fuerza y la certeza de

La revolución

Soy la fuerza que empuja a la humanidad hacia un oriente lleno de luz y de alegría.

El poderoso me teme; el humilde me adora.

Mi nombre lleva la consternación y la tristeza al palacio; pero en los hogares humildes resuena como una música alegre, que llena de consuelo el corazón de los que sufren.

Soy maga que transforma en hombres los rebaños.

Sin mí, la humanidad continuaría gimiendo bajo el látigo de los faraones.

Sin mí, no se habría desplomado la Bastilla arrastrando en su caída la barbarie feudal.

Hija de la Tiranía, odio a mi madre. Prendida de las secas ubres de infortunio, me nutro de dolor, de tristeza, de desesperación y de cólera, los fuertes jugos con que se amasa la rebeldía.

Todos me odian, menos los que sufren, y de ahí que sólo tenga alojo en los lugares en que se amontona el dolor humano.

Encorvado sobre el surco, el campesino sueña conmigo; en las entrañas de la tierra, el minero suspira por mí; en la fábrica, el obrero me invoca.

Soy la única esperanza de los desamparados, de los humildes, de los parias. Vivo en la covacha; acompaño a los que van de lugar en lugar ofreciendo sus brazos a la rapiña burguesa.

Soy el rayo de luz que penetra al calabozo del presidiario; soy la promesa risueña que hace tolerable la vida del proscrito.

Pensamiento: pongo a Dios en el banquillo de los acusados y lo sentencio a muerte. Acción: pongo en pie a los hombres que horadaban con sus rodillas las baldosas de los templos, promuevo el progreso, hago la Historia.

¡Cededme el paso!

¡Soy la Revolución!

poderosos para no estallar de indignación.

—¡Esperad!—dice para sí—, ¡esperad, monumentos de la barbarie, que no tarda en llegar la mano audaz que ha de desatar el rayo que llevo en mi seno! En el vientre de la Miseria se agita el feto de la Rebeldía. ¡Esperad! Esperad el fruto de siglos de explotación y de tiranía; las negras falanges del hombre apuran sus últimos sorbos de la amargura y de la tristeza; el vaso de la paciencia rebosa; unas gotas más, y se desbordarán todas las indignaciones, saltarán de su cárcel todas las cóleras, traspasarán sus límites todas las audacias. ¡Esperad, edificios sombríos, cuevas del dolor, que en el gran calendario del sufrimiento humano resplandece, con colores de incendio y de sangre, una fecha roja, un nuevo 14 de julio para todas las Bastillas, las del cuerpo y las de la conciencia! El ganado se endereza para convertirse en hombres y pronto el sol dejará de tostar los lomos del rebaño para iluminar las frentes de los hombres libres... ¡Esperad! Permaneceréis en pie el tiempo que dure yo en este rincón.

El mendigo y el ladrón

A lo largo de una avenida risueña van y vienen los transeúntes, hombres y mujeres, perfumados, elegantes, insultantes. Pegado a la pared está el mendigo, la pedigüeña mano adelantada, en los labios temblando la súplica servil:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

De vez en cuando cae una moneda en la mano del pordiosero, que éste mete presuroso en el bolsillo prodigando alabanzas y reconocimientos degradantes. El ladrón pasa, y no puede evitar el obsequiar al mendigo con una mirada de desprecio. El pordiosero se indigna, porque también la indignidad tiene rubores, y refunfuña atufado:

—¿No te arde la cara, ¡bribón! de verte frente a frente de un hombre honrado como yo? Yo respeto la ley: yo no cometo el crimen de meter la mano en el bolsillo ajeno. Mis pisadas son firmes, como las de todo buen ciudadano que no tiene la costumbre de caminar de puntillas, en el silencio de la noche, por las habitaciones ajenas. Puedo presentar el rostro en todas partes; no rehuyo la mirada del gendarme; el rico me ve con benevolencia y, al echar una moneda en mi sombrero, me palmea el hombro diciéndome: “¡buen hombre!”

El ladrón se baja el ala del sombrero hasta la nariz, hace un gesto de asco, lanza una mirada escudriñadora en torno suyo, y replica al mendigo:

—No esperes que me sonroje yo frente a ti, ¡vil mendigo! ¿Honrado tú? La honradez no vive de rodillas esperando que se le arroje el hueso que ha de roer. La honradez es altiva por excelencia. Yo no sé si soy honrado o no lo soy; pero te confieso que me falta valor para suplicar al rico que me dé, por el amor de Dios, una migaja de lo que me ha despojado. ¿Que violo la ley? Es cierto; pero la ley es cosa muy distinta de la justicia. Violo la ley escrita por el burgués, y esa violación contiene en sí un acto de justicia, porque la ley autoriza el robo del rico en perjuicio del pobre, esto es, una injusticia, y al arrebatarme yo al rico parte de lo que nos ha robado a los pobres, ejecuto un acto de justicia. El rico te palmea el hombro porque tu servilismo, tu bajeza abyecta, le garantiza el disfrute tranquilo de lo que a ti, a mí y a todos los pobres del mundo nos ha robado. El ideal del rico es que todos los hombres tengamos alma de mendigo. Si fueras hombre, morderías la mano del rico que te arroja un mendrugo. ¡Yo te desprecio!

El ladrón escupe y se pierde entre la multitud. El mendigo alza los ojos al cielo y gime:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

sangre de tu sangre!

El trabajador y el soldado continuaron su marcha en direcciones opuestas: el primero a trabajar para hacer más rico al amo; el segundo a matar para asegurar al amo el tranquilo disfrute de “sus” riquezas.

X... era teatro de una actividad, de una alegría, de un entusiasmo sin límites. Los tristes semblantes de la víspera habían desaparecido. Todos los habitantes estaban en la calle celebrando el día de la libertad. Un anciano arengaba a la multitud de esta manera:

—Compañeros: ahora cada uno de nosotros es el amo de sí mismo; celebremos nuestra victoria; inventariemos todo lo que existe en la población y en sus alrededores, para saber con qué elementos contamos en provisiones y útiles de trabajo, y en seguida, mis hermanos, una vez que hayamos celebrado nuestro triunfo, dediquémonos a trabajar para producir cosas útiles para todos y...

No pudo concluir la frase. ¡Se oyó el disparo de un arma de fuego, y el anciano, mortalmente herido, cayó para no levantarse más, la cara vuelta hacia el sol.

El soldado había matado a su padre...

El soldado

El trabajador y el soldado se encontraron en un camino.

—¿Adónde vas?, preguntó el soldado.

—A la fábrica, contestó el trabajador; y tú, ¿adónde vas?

—Voy al cuartel; el pueblo de X... se ha sublevado y hemos recibido órdenes de ir a sofocar la rebelión a sangre y fuego.

—Podieras decirme, preguntó el trabajador, ¿por qué se ha sublevado esa gente? —Ciertamente que sí puedo decírtelo: esa gente, de la noche a la mañana se negó a pagar los alquileres de las casas, los arrendamientos de la tierra, las contribuciones al Gobierno, y cuando la autoridad se presentó para echar de las casas a los inquilinos y expulsar de la tierra a los arrendatarios, al mismo tiempo que a hacer efectivo el pago de las contribuciones al Gobierno, los habitantes se resistieron, apuñalaron al juez, al notario, a los escribientes, a los gendarmes, al presidente municipal y a todos los cagatintas; quemaron los archivos y enarbolaron, en el edificio más alto, una bandera roja con una inscripción en letras blancas que dice: “Tierra y Libertad”.

El trabajador se estremeció. Pensó que eran los de su clase, los pobres, los desheredados, los proletarios, los que se habían rebelado.

—¿Y vas a batirlos?, preguntó al soldado.

—Claro que sí, respondió el esclavo de uniforme. Esos habitantes están atentando contra el derecho de propiedad individual y el deber del Gobierno es cuidar los intereses de los ricos.

—Pero tú no eres rico, dijo el trabajador al soldado; ¿qué interés tienes en matar a esas gentes?

—Tengo que hacer respetar la ley, dijo secamente el soldado.

—¿La ley?, gritó el trabajador. ¡La ley sostenedora del privilegio! ¡La ley que es carga para los de abajo, garantía de libertad y de bienestar para los de arriba! Tú eres pobre, y sin embargo sostienes la ley que aplasta a los de tu clase. Tus padres, tus hermanos, tus parientes son pobres; los que se han sublevado en X... son pobres que sufren lo mismo que tú, y tus padres y tus parientes, ¡y tal vez alguno de los de tu familia figure entre los rebeldes!

El soldado se encogió de hombros, escupió sobre el yerbajo que bordeaba el camino, lanzó una mirada de desprecio al trabajador y gritó altanero:

—¡La ley debe estar sobre todas las cosas! Si mi padre la infringe, a mi padre mataré, porque así me lo ordena la ley!

—Bueno, dijo el obrero; ¡marcha a asesinar a la carne de tu carne y a la

Las tres piedras

Cierto día hablaron las piedras: el magnífico sillar de una mansión señorial, la tosca piedra de una pocilga de proletario y la plebeya piedra del arroyo.

Dijo el sillar:

—Mi misión es noble; formo parte de este majestuoso edificio que da belleza a la ciudad y proporciona abrigo y bienestar a las exquisitas personas que en él moran. Y con sus perfiles correctos y sus caras pulidas, parecía burlarse de la roña de sus colegas. “Mi misión es noble”, repitió en tono de convencimiento.

La piedra de la pocilga replicó amoscada:

—Mi misión es más noble y más grande que la tuya. Yo formo parte de este tugurio que sirve de abrigo a un honrado trabajador y a su familia. Me siento satisfecha y feliz cuando preservo de la intemperie al bravo creador de la riqueza, al mismo que te embelleció con su cincel, para que tú, ¡ingrata!, dieras albergue a un puñado de parásitos en vez de proporcionárselo a él, a cuyas manos debes tu gracia y gentileza. Mi misión es más grande que la tuya, porque sirvo para alojar a un ser bueno y útil a sus semejantes, mientras que tú, orgullosa, sólo sirves para dar satisfacciones a seres inútiles y nocivos, a los burgueses, a los enemigos de la humanidad.

La piedra del arroyo escuchaba atentamente esta querrela. Ella no podía vanagloriarse de formar parte de ningún edificio ni pobre ni rico. Rodaba, rodaba sin cesar por las calles de la ciudad, atropellada por todos los pies, castigada por todos los vehículos, pisoteada, por todas las bestias, juguete de todos los muchachos. Por fin se decidió a hablar.

—Mi misión es más noble, más grande y más alta que la vuestra, dijo con el tono arrogante a que le daba derecho su participación en más de una tragedia. Yo ruedo por las calles como un proyectil siempre dispuesto a dar en el blanco: la frente del gendarme, el pecho del soldado, la cabeza del burgués. En el motín mil manos heroicas se disputan mi posesión; en la barricada soy escudo y proyectil al mismo tiempo: definiendo el pecho del rebelde o parto, sibilante y ligera de las manos del hijo del pueblo a resquebrajar el cráneo del esbirro... Mi misión es más noble, más grande y más alta que la vuestra—prosiguió la piedra del arroyo. ¡Cuántas veces las luchas por la libertad y la justicia han comenzado por la primera piedra levantada del arroyo por una mano audaz! ¡Ah, no sabéis lo que el progreso humano me debe! Mi presencia en la calle es garantía de libertad; la cólera popular necesita de mí para satisfacerse. ¡Soy el alma de la rebeldía proletaria! Cuando una mano callosa levanta una piedra, vacila el trono de la tiranía. ¡Paso a la piedra del arroyo!

Dos revolucionarios

El revolucionario viejo y el revolucionario moderno se encontraron una tarde marchando en diferentes direcciones. El sol mostraba la mitad de su ascua por encima de la lejana sierra; se hundía el rey del día, se hundía irremisiblemente, y como si tuviera conciencia de su derrota por la noche, se enrojecía de cólera y escupía sobre la tierra y sobre el cielo sus más hermosas luces.

Los dos revolucionarios se miraron frente a frente: el viejo, pálido, desmelenado, el rostro sin tersura como un papel de estraza arrojado al cesto, cruzado aquí y allá por feas cicatrices, los huesos denunciando sus filos bajo el raído traje. El moderno, erguido, lleno de vida, luminoso el rostro por el presentimiento de la gloria, raído el traje también, pero llevando con orgullo, como si fuera la bandera de los desheredados, el símbolo de un pensamiento común, la contraseña de los humildes hechos soberbios al calor de una grande idea.

—¿Adónde vas?, preguntó el viejo.

—Voy a luchar por mis ideales, dijo el moderno; y tú, ¿a dónde vas?, preguntó a su vez.

El viejo tosió, escupió colérico el suelo, echó una mirada al sol, cuya cólera del momento sentía él mismo, y dijo:

—Yo no voy; yo ya vengo de regreso.

—¿Qué traes?

—Desengaños, dijo el viejo. No vayas a la revolución: yo también fui a la guerra y ya ves cómo regreso: triste, viejo, mal trecho de cuerpo y espíritu.

El revolucionario moderno lanzó una mirada que abarcó el espacio, su frente resplandecía; una gran esperanza arrancaba del fondo de su ser y se asomaba a su rostro. Dijo al viejo:

—¿Supiste por qué luchaste?

Sí: un malvado tenía dominado el país; los pobres sufríamos la tiranía del Gobierno y la tiranía de los hombres de dinero. Nuestros mejores hijos eran encerrados en el cuartel; las familias, desamparadas, se prostituían o pedían limosna para poder vivir. Nadie podía ver de frente al más bajo polizonte; la menor queja era considerada como acto de rebeldía. Un día un buen señor nos dijo a los pobres: “Conciudadanos, para acabar con el presente estado de cosas, es necesario que haya un cambio de

sueltos al viento. Quiere replicar, pero no halla palabras con qué combatir las palabras de la Verdad. La joven, sin detener su marcha, continúa:

—Yo me rebelo contra todo lo que creyeron mis padres, no porque los desprecie o los odie. Desprecio y odio, sí, a los que los tuvieron sumergidos en la mentira para tiranizarlos, explotarlos y embrutecerlos.

La joven continúa su marcha como un sol en movimiento, y la vieja en su puesto inmóvil, clavada, la ve alejarse rápida, como un rayo de esperanza pasa fugaz por la sombría mente del triste.

La joven va hacia la Vida; la vieja se desposa con la Muerte.

Las dos tendencias

La tendencia joven y la tendencia vieja se alcanzan a la mitad del camino. La joven sonríe, y en su sonrisa irradia todas las auroras, florecen todos los rosales, respiran todos los nardos. La vieja frunce el ceño y gruñe:

—¡Alto ahí, desvergonzada! ¿A dónde vas de esa manera? Y con el dedo descarnado señala las desnudeces luminosas de la joven, que se ostentan palpitantes y espléndidas como un poema entusiasta a la Verdad, a la Libertad y a la Vida.

La joven no se detiene, no puede detenerse, tiene prisa por llegar a su destino, y su cuerpo ondula al sol armonioso como una estrofa, de fuerza y de belleza.

La vieja, fuera de sí, echa a correr tras de la joven, los ralos cabellos al aire, la desdentada boca abierta.

—¡Detente, loca! ¡Vergüenza de tu sexo! —grita la vieja— ¿Sabes siquiera a dónde vas? Yo aquí me detengo, yo no camino más. Vale más malo por conocido que bueno por conocer. Es una locura seguir adelante por ese camino que no se sabe dónde terminará. Mis padres hasta aquí llegaron, y yo no pasaré de aquí, pues sería tanto como renegar de ellos si diera un paso adelante negando lo que ellos creyeron, odiando lo que ellos amaron, despreciando lo que fue para ellos motivo de respetuoso culto y de religiosa admiración. La igualdad es imposible; por fuerza tiene que haber siempre ricos y pobres. Dios lo ha decretado así; lo asegura la santa religión, y es necesario que Dios tenga sus representantes en la tierra, que son los gobernantes. ¡Detente! ¡Detente! Los gritos destemplados de la vieja levantan una bandada de gorriones que picotean alegres a la orilla del camino. La joven vuelve el rostro, sonríe bondadosa, y, sin detener el paso, dice con una voz en la que vibran la sinceridad y la convicción:

—Yo sé adonde voy. Voy hacia la Vida, y voy desnuda porque represento la Verdad. La Verdad no puede andar con disfraces. No puedo detenerme, porque sería transigir con el error. También mis padres me enseñaron lo que a ti los tuyos: a creer en la mentira; pero fue que mis pobres padres no hicieron uso de su razón. El sacerdote les dijo “obedeced”, y ellos obedecieron con las frentes inclinadas; el rico les gritó: “trabajad para mí”, y ellos bajaron las frentes, encorvaron las espaldas y echaron a andar sobre el surco...

La vieja bajó la cabeza, y parece reflexionar, los escasos cabellos canos

gobierno; los hombres que están en el Poder son ladrones, asesinos y opresores. Quitémoslos del Poder, elíjanme Presidente y todo cambiará”. Así habló el buen señor; en seguida nos dio armas y nos lanzamos a la lucha. Triunfamos. Los malvados opresores fueron muertos, y elegimos al hombre que nos dio las armas para que fuera Presidente, y nos fuimos a trabajar. Después de nuestro triunfo seguimos trabajando exactamente como antes, como mulos y no como hombres; nuestras familias siguieron sufriendo escasez; nuestros mejores hijos continuaron siendo llevados al cuartel; las contribuciones continuaron siendo cobradas con exactitud por el nuevo Gobierno y, en vez de disminuir, aumentaban; teníamos que dejar en las manos de nuestros amos el producto de nuestro trabajo. Alguna vez que quisimos declararnos en huelga, nos mataron cobardemente. Ya ves cómo supe por qué luchaba: los gobernantes eran malos y era preciso cambiarlos por buenos. Y ya ves cómo los que dijeron que iban a ser buenos, se volvieron tan malos como los que destronamos. No vayas a la guerra, no vayas. Vas a arriesgar tu vida por encumbrar a un nuevo amo.

Así habló el revolucionario viejo; el sol se hundía sin remedio, como si una mano gigantesca le hubiera echado garra detrás de la montaña. El revolucionario moderno se sonrió, y repuso:

—¿Compañero: voy a la guerra, pero no como tú fuiste y fueron los de tu época. Voy a la guerra, no para elevar a ningún hombre al Poder, sino a emancipar mi clase. Con el auxilio de este fusil obligaré a nuestros amos a que aflojen la garra y suelten lo que por miles de años nos han quitado a los pobres. Tú encomendaste a un hombre que hiciera tu felicidad; yo y mis compañeros vamos a hacer la felicidad de todos por nuestra propia cuenta. Tú encomendaste a notables abogados y hombres de ciencia el trabajo de hacer leyes, y era natural que las hicieran de tal modo que quedaras cogido por ellas, y, en lugar de ser instrumento de libertad, fueron instrumento de tiranía y de infamia. Todo tu error y el de los que, como tú, han luchado, ha sido ése: dar poderes a un individuo o a un grupo de individuos para que se entreguen a la tarea de hacer la felicidad de los demás. No, amigo mío; nosotros, los revolucionarios modernos, no buscamos amparos, ni tutores, ni fabricantes de ventura. Nosotros vamos a conquistar la libertad y el bienestar por nosotros mismos, y comenzamos por atacar la raíz de la tiranía política, y esa raíz es el llamado “derecho de propiedad”. Vamos a arrebatar de las manos de nuestros amos la tierra, para entregársela al pueblo. La opresión es un árbol; la raíz de este árbol es el llamado “derecho de propiedad”; el tronco, las ramas y las hojas son

los polizontes, los soldados, los funcionarios de todas clases, grandes y pequeños. Pues bien: los revolucionarios viejos se han entregado a la tarea de derribar ese árbol en todos los tiempos; lo derriban, y retoña, y crece y se robustece; se le vuelve a derribar, y vuelve a retoñar, a crecer y a robustecer. Eso ha sido así porque no han atacado la raíz del árbol maldito; a todos les ha dado miedo sacarlo de cuajo y echarlo a la lumbre. Ves pues, viejo amigo mío, que has dado tu sangre sin provecho. Yo estoy dispuesto a dar la mía porque será en beneficio de todos mis hermanos de cadena. Yo quemaré el árbol en su raíz.

Detrás de la montaña azul ardía algo: era el sol, que ya se había hundido, herido tal vez por la mano gigantesca que lo atraía al abismo, pues el cielo estaba rojo como si hubiera sido teñido por la sangre del astro.

El revolucionario viejo suspiró y dijo:

—Como el sol, yo también voy a mi ocaso. Y desapareció en las sombras. El revolucionario moderno continuó su marcha hacia donde luchaban sus hermanos por los ideales nuevos.

donde provienen los alegres rumores, y me veo enfrente de un suntuoso palacio.

“¿Quién vive aquí?”, pregunto a un lacayo. Es el dueño de las tierras que ves en estos contornos, y dueño, además, del agua con que se riegan las tierras”.

Comprendo que estoy al pie de la residencia del bandido que hizo que en el campo del pobre sólo se produjeran cardos, y, mostrando mi puño a la bella estructura del palacio, pienso: “Tu próxima cosecha, ¡burgués bribón!, tendrás que levantarla con tus propias manos, porque, sábelo, los esclavos están despertando...”

Y sigo mi marcha pensando, pensando; soñando, soñando. Pienso en la heroica resolución de esos desheredados que tienen el valor de poner en sus manos reivindicadoras las tierras que, según la ley, pertenecen a los ricos, y, según la justicia y la razón, pertenecen a todos los seres humanos. Sueño en la alegría de los hogares humildes después de la expropiación; los hombres y las mujeres sintiéndose realmente humanos; los niños jugueteando, riendo, gozando, llenos sus estomaguitos de alimento sano y bastante.

La rebeldía nos dará la mejor de las cosechas: Pan, Tierra y Libertad para todos.

Cosechando

A la orilla del camino me encuentro un hombre, de ojos llorosos y negro pelo alborotado contemplando unos cardos que yacen a sus pies. “¿Por qué lloras?”, le pregunto, y él me responde: “Lloro porque hice a mi prójimo todo el bien posible, labré mi parcela con todo empeño, como todo hombre que se respete debe hacerlo; pero aquellos a quienes hice bien me hicieron sufrir, y en cuanto a mis parcelas, faltas del agua que me arrebataron los ricos, sólo produjeron esos cardos que ves a mis pies”. Mala cosecha, me digo, la que levantan los buenos, y continúo ni marcha.

Un poco más lejos tropiezo con un viejo que viene cayendo y levantando, encorvada la espalda, triste la vaga mirada. “¿Por qué estás triste?”, le pregunto, y me responde: “Estoy triste porque he trabajado desde la edad de siete años. Siempre fui cumplido; pero esta mañana me dijo el amo: ‘Estás demasiado viejo, Juan; ya no hay trabajo que puedas desempeñar’, y me dio con las puertas en la cara”.

¡Vaya una cosecha de años y más años de honrada labor!, me digo, y sigo caminando.

Un hombre muy joven aún, pero a quien le falta una pierna, me sale al encuentro, con el sombrero en la mano, pidiendo “una limosna por el amor de Dios”, según él mismo expresa en algo parecido a un gemido. “¿Por qué gimes?”, le pregunto, y él me dice: “Madero nos dijo que íbamos a ser libres y felices, con la condición de que lo ayudásemos a subir a la Presidencia de la República. Todos mis hermanos, y mi padre mismo, murieron en la guerra; yo perdí la pierna y mi salud, quedando las familias de todos a un pan pedir”.

Esa es la cosecha de los que luchan por encumbrar tiranos y sostener el sistema capitalista, me digo, y sigo adelante.

A poco andar me encuentro con un grupo de hombres, de flojo andar, de mirada taciturna, los brazos caídos, leyéndose en sus rostros desaliento y angustia y aun cólera. “¿Qué motiva vuestro disgusto?”, les interrogo. “Salimos de la fábrica, dicen, y, después de trabajar diez horas, apenas ganamos para una miserable cena de frijoles”.

No son éstos los que cosechan, me digo, sino sus amos, y continúo mi camino.

Ya es de noche. Los grillos cantan sus amores en las grietas de la tierra. Mi oído, atento, percibe rumores de fiesta. Me dirijo hacia el rumbo de

El fusil

Sirvo a los dos bandos: al bando que oprime y al bando que liberta. No tengo preferencias; con la misma rabia, con el mismo estrépito lanzo la bala que ha de arrebatar la vida al soldado de la libertad o al esbirro de la tiranía.

Obreros me hicieron, para matar obreros. Soy el fusil, el arma liberticida cuando sirvo a los de arriba; el arma emancipadora cuando sirvo a los de abajo.

Sin mí no habría hombres que dijeran: “yo soy más que tú”, y, sin mí, no habría esclavos que gritasen: “¡abajo la tiranía!”

El tirano me llama: “apoyo de las instituciones”. El hombre libre me acaricia con ternura y me dice: “instrumento de redención”. Soy la misma cosa y, sin embargo, sirvo tanto para oprimir como para libertar. Soy, al mismo tiempo, asesino y justiciero, según las manos que me manejan.

Yo mismo me doy cuenta de las manos en que estoy. ¿Tiemblan esas manos? No hay que dudarlo: son manos de esbirros. ¿Es un pulso firme? Digo sin vacilar: “son las manos de un libertario”.

No necesito oír los gritos para saber a qué bando pertenezco. Me basta con oír el castañear de los dientes para saber que estoy en manos de opresores. El Mal es cobarde; el Bien es valeroso. Cuando el esbirro apoya mi caja en su pecho para hacerme vomitar la muerte acurrucada en el cartucho, siento que su corazón salta con violencia. Es que tiene la conciencia de su crimen. No sabe a quién va a matar. Se le ha ordenado: “¡fuego!” y allá va el tiro que tal vez atravesará el corazón de su padre, de su hermano o de su hijo, a quienes el llamado honor había gritado “¡rebeláos!”

Yo existiré mientras haya sobre esta Tierra una humanidad estúpida que insista en estar dividida en dos clases: la de los ricos y la de los pobres, la de los que gozan y la de los que sufren.

Desaparecido el último burgués y disipada ya la sombra de la Autoridad, desaparecerá a mi vez, destinándose mis materiales a la construcción de arados y de instrumentos mil, que con entusiasmo manejarán los hombres transformados en hermanos.

La barricada y la trinchera

Frente a frente están las dos defensas enemigas: la barricada del pueblo y la trinchera militar. La barricada muestra al sol su enorme mole irregular, y parece estar orgullosa de su deformidad. La trinchera militar ostenta sus líneas geométricamente trazadas, y sonrío de su contrahecha rival. Detrás de la barricada esta el pueblo, amotinado; detrás de la trinchera se encuentra la milicia.

—¡Qué horrible cosa es una barricada!— exclama la trinchera, y añade: ¡horrible como la gente que hay detrás de ella! De la barricada proceden las notas viriles de himnos revolucionarios; en la trinchera reina el silencio.

—¡Qué bien se conoce—dice la trinchera— que sólo gente perdida hay detrás de ese armatoste! Yo nunca he visto que semejantes adefesios sirvan para otra cosa que para proteger de una muerte merecida a la canalla. Gente mugrosa y maloliente, bandidos, la plebe levantisca, eso es lo único que puede abrigar una cosa tan fea. En cambio, detrás de mí están los defensores de la ley y del orden; los sostenes de las instituciones republicanas; gente disciplinada y correcta; garantía de la tranquilidad pública; escudo de la vida y de los intereses de los ciudadanos.

Las barricadas tienen amor propio, y ésta no podía ser la excepción de la regla. Siente que sus entrañas de palos, ropas, cacharros, piedras y cuanto hay, se estremecen de indignación y con una entonación de voz en la que hay la solemnidad de las supremas resoluciones populares y la severidad de las determinaciones supremas del pueblo, dice:

—¡Alto ahí, refugio de la opresión, reducto del crimen, que estás en presencia del baluarte de la Libertad! Fea y contrahecha como soy, soy grande porque no he sido fabricada por gente a sueldo, por mercenarios al servicio de la tiranía. Soy hija de la desesperación popular; soy producto del alma atormentada de los humildes, y de mis entrañas nacen la Libertad y la Justicia.

Hay un momento de silencio en que la barricada parece meditar. Es deforme y es bella al mismo tiempo: deforme por su construcción; bella por su significación. Es un himno fuerte y robusto a la libertad; es la protesta formidable del oprimido.

Las notas gallardas de un clarín, que parten de la trinchera rompen el silencio. Un viento de marzo barre las calles desiertas de la ciudad insurreccionada. Rumor de armas que se entrecocan, sale de la barricada y de la trinchera. La

barricada continúa:

—Me siento orgullosa de defender el noble pecho del hijo del pueblo, y me abriría yo misma las entrañas si el esbirro quisiera usarme para su defensa.

Una bala de cañón golpea el centro de la barricada, sin lograr abrir brecha. La barricada entera cruje, y el crujido se parece al pujar de un coloso que hace acopio de todas sus fuerzas para resistir una embestida. ¡Nada! Unas cuantas astillas que saltan y brillan al sol, como chispas desprendidas de una fragua. La barricada prosigue:

El tirano palidece con sólo que se le mencione mi nombre y las coronas vacilan en las testas de los grandes bandidos cuando estoy en pie. ¿Qué darías, guardia de esbirros, por sentir detrás de ti la respiración afanosa del pueblo que lucha por su libertad? Tú te levantas para perpetuar la opresión y la esclavitud; yo me yergo como anuncio de reivindicación y de progreso. Soy deforme y contrahecha; pero, para el que sufre, tengo resplandores de aurora, y de mi ser rugoso irradia una luz que marca a los hombres el sitio del deber.

El clarín de la trinchera militar marca el toque de “atención”, seguido inmediatamente por el de “fuego”. Una granizada de proyectiles golpea la pared exterior de la barricada, haciendo saltar partículas de madera, de ladrillos de tepalcates. La barricada permanece en pie, resistiendo valientemente las agresiones de la metralla, las formidables embestidas de la bala de cañón y los mordiscos furiosos de la bala de fusil. Los tambores redoblan en la trinchera militar, y el clarín vibra rabioso percibiéndose con claridad sus notas coléricas en medio del estruendo de las descargas, como el grito siniestro de un ave de presa en medio de la tempestad. La barricada puja como gigante que recibiera un golpe de masa por la espalda en un duelo de titanes. Recobrando fuerzas, la barricada sigue de este modo:

—¡Una barricada en cada ciudad a un mismo tiempo, y la libertad brotaría de mis entrañas luminosas radiante como el respiro de un volcán! Oscura como soy, ilumino. Cuando el pobre me ve, suspira y dice: ¡al fin...!